

El sargento Grolle no resucitó, es verdad, pero dos monjitas velaron su cadáver, y el Presidente del Consejo en persona puso la cruz de la Legión de Honor en el pecho de aquella víctima del deber.

Con la obscuridad y el silencio de la noche se volvió a sentir pánico. En la Avenida de la Rebelión descubrieron dos agentes una galera de saltimbanquis guardada en un solar. La creyeron refugio de bandidos, buscaron el apoyo de otros compañeros, y reunidas ya suficientes fuerzas, con ayuda de numerosos transeuntes se organizó el bloqueo. Hicieron quince mil disparos de revólver, y después de volar con dinamita la galera encontraron entre los residuos el cadáver de un macaco.

CAPÍTULO XXXIV

Donde se refieren la prisión de Bocota y de Mauricio, el desastre de la Biblioteca Esparviana y la marcha de los ángeles.

Mauricio d'Esparvieu pasó una mala noche; al menor ruido empuñaba el revólver, dispuesto a defenderse y a morir antes de tolerar que le llevaran preso. Por la mañana cogió con avidez los periódicos, y cuando hubo pasado la vista por sus columnas lanzó un grito de alegría. Llevado a la Morgue el sargento Grolle, para que los médicos forenses le hicieran la autopsia y certificaran las causas de su muerte, sólo apreciaron algunas equimosis y heridas contusas muy superficiales, y diag-

nosticaron mortal la rotura de un aneurisma de la aorta.

—Ya lo ves, Arcadio—exclamó gozoso y triunfante—, ya lo ves; no soy un asesino; me declaran inocente. Nunca pude imaginar cuánto satisface ser inocente.

Luego reflexionó y, por un fenómeno común, con la reflexión se disipó su alegría.

—Está probado que soy inocente, pero no me es posible olvidar—añadió meneando la cabeza—mi participación en las fechorías de un grupo de malhechores. ¡Vivo entre malvados! Tú estás en tu elemento, amigo mío; eres un individuo sospechoso, cruel y perverso; pero ¡yol, el mayorazgo de una encopetada familia, yo que recibí una educación excelente, me avergüenzo de mi proceder.

—También yo—dijo Arcadio—recibí una educación excelente.

—¿Dónde?

—En el Cielo.

—No lo creas, Arcadio, no lo creas; nadie se ha preocupado de tu educación. Si te hubiesen inculcado buenas doctrinas, no es posible que pensaras como piensas. Las buenas doctrinas arraigan muy hondo. En la niñez he adquirido el respeto a la familia, a la patria y a la religión, y esto dura ya toda la vida. ¿Sabes lo que me choca en ti? No es tu perversidad, ni tu crueldad, ni tu negra ingratitud; tampoco es tu agnoscismo, tolerable hasta cierto punto, ni tu escepticismo completamente pasado de moda (porque desde el despertar nacionalista ya nadie es escéptico en Francia); lo que me desagradaba en ti es tu falta de refinamiento; tus ideales no son de buen gusto y tus teorías carecen de elegancia; piensas como un intelectual, razones como un librepensador; tus propósitos huelen a radicalismo, apestan a «combis-

mo»; te seducen los sistemas innobles. ¡Aparta! ¡Me repugnas!... ¡Arcadio, amigo mío! ¡Arcadio, ángel de mi guarda! ¡Infeliz criatura!, oye a tu ángel custodio, cede a mis ruegos, renuncia para siempre a tus locuras; prométeme que serás bueno, sencillo, inocente, dichoso. Anda, vente conmigo a la iglesia; encenderemos un cirio y rezaremos una plegaria...

La opinión pública mantenía intrigada. La prensa poderosa, órgano del resurgimiento nacional, en artículos muy elevados y profundos formulaba la filosofía del atentado monstruoso que sublevaba las conciencias. Averiguóse que las causas indirectas, pero eficaces, origen verdadero del crimen, eran las doctrinas revolucionarias impunemente difundidas, el relajamiento social, que desquicia el orden moral y provoca todos los apetitos y todas las codicias. Interesaba mucho, para arrancar el mal de raíz, desvanecer lo antes posible las quimeras y las utopías, tales como el sindicalismo, el impuesto sobre los valores del Estado, etc., etc., etc. Algunos periódicos, y no los menos importantes, consideraron aquellos crímenes como naturales frutos de la incredulidad, supusieron que la única salvación consistía en acogernos todos, unánime y sinceramente, a la fe religiosa.

El domingo siguiente se vieron más concurridas las iglesias.

El señor Salneuve, juez instructor del proceso, tomó declaración a todos los individuos detenidos por la policía, y se desorientó por completo entre varias pistas interesantes, pero falsas. Los informes del indicador Montremain que le fueron comunicados, fijaron convenientemente su atención y le ayudaron a reconocer, como autores del crimen de la calle Feutrier, a los bandidos

de la Jonchere. Ordenó que buscaran a Arcadio y a Zita y firmó un auto de prisión contra el príncipe Istar, a quien sorprendieron dos agentes cuando salía de casa de Bocota donde acababa de guardar sus bombas nuevas. Al conocer las intenciones de los policías el querube les preguntó, sonriente, si disponían de un *auto* de buena marcha, y después de oír su afirmativa respuesta replicóles que no deseaba más. Acogotó a los dos agentes, los dejó tendidos en la escalera, salió a la calle, se acercó al automóvil, arrojó al *chauffeur* bajo las ruedas de un autobús que venía en dirección contraria, empuñó el volante y se puso en marcha con asombro de la horrorizada muchedumbre.

Al anoecer del mismo día, el señor Jeancourt, delegado judicial, se presentó en casa de Teófilo y sorprendió a Bocota en el momento de aclararse la voz con un huevo crudo, porque aquella noche cantaba en «El Dorado Nacional» su canción nueva *En Alemania no los tienen*. Teófilo había salido, y la cupletista recibió al agente judicial con altivez que realzaba la modestia de su aliño; iba en camisa. El señor Jeancourt secuestró la partitura de *Alina, reina de Golconda*, y las cartas amorosas que la cupletista conservaba cuidadosamente en el cajoncito de su mesilla de noche. Disponiase a retirarse cuando reparó en la alacena; abrióla sin darle importancia, y aparecieron ante sus ojos artefactos bastantes para destruir a París entero, más unas alas blancas cuya naturaleza y uso no acertó a explicarse. Luego dijo a Bocota que se vistiese, y a pesar de sus gritos la condujo a la Comisaría.

El señor Salneuve era infatigable. Después de examinar los papeles encontrados en el domicilio de Bocota y atento a las indicaciones de Montremain, lanzó con-

tra el joven d'Esparvieu un auto de prisión, que fué cumplimentado el miércoles 27 de mayo a las siete de la mañana. Tres días llevaba ya Mauricio sin dormir, sin comer, sin acercarse a mujer alguna y sin atreverse a respirar. Al punto comprendió el motivo de aquella temprana visita. En tan difíciles circunstancias Mauricio adquirió una entereza asombrosa. Después de rogar al Comisario que se sentase, comenzó a vestirse con pulcritud y minuciosidad, y siguió a su acompañante hasta el automóvil que los aguardaba en la puerta. Su entereza incomprensible apenas se alteró cuando cerraron el postigo del calabozo. Subióse a la mesa para mirar por el tragaluz y sonrió al ver un jirón de cielo. Contribuían a su tranquilidad la fatiga de su cerebro, el alérgamiento de sus sentidos y la certeza de que no podría ocurrirle nada irreparable. Sus propias desdichas le fortalecían; aguardaba resignado y paciente; no sentía orgullo ni desprecio de sí mismo y dejaba su causa en manos de Dios. Sin ánimo de ocultar sus culpas, al dirigirse mentalmente a la Providencia insistía en que sólo su ansia de redimir al ángel custodio le condujo hasta el atropello y la rebelión. Echado en el camastro durmió serenamente.

Al saber que se hallaban arrestados un joven distinguido y una cupletista, París y Francia entera se sorprendieron dolorosamente. Exaltada por las narraciones trágicas que publicaba la prensa exigía «la opinión» que la ley arrastrase al pretorio los feroces anarquistas rebosantes de asesinatos y de incendios, pero no comprendía que se cebara en la esfera del arte y de las elegancias. Cuando todo el mundo lo había comentado ya enteróse de lo sucedido el presidente del Consejo, que también desempeñaba la cartera de Justicia, se revolvió

en el sitial adornado con esfinges menos amenazadoras que su improvisada ira, y en las convulsiones de su razonamiento furioso astillaba con su cortaplumas, como Napoleón, la çoba de su mesa. Cuando el juez Sal-neuve, avisado con urgencia, compareció ante su ministro, éste arrojó el cortaplumas a la chimenea, como Luis XIV al encararse con el duque de Lauzún había tirado su bastón por la ventana, hizo un supremo esfuerzo para contenerse, y dijo con la voz alterada:

—¿Está usted loco?... Bien claramente indiqué la significación del atentado, anarquista y antisocial, profundamente antisocial y antigubernamental, con un tinte sindicalista. No cabía duda respecto a la conveniencia de que resultara comprobado en esta forma. ¿Y usted qué ha hecho? Cualquiera diría que se propuso dar una satisfacción a los anarquistas y a los libertarios. ¿A quién manda usted encarcelar? A una cupletista, venerada por el público patriota, y al primogénito de un hombre tenido en alta estima dentro del partido católico, un hombre a quien visitan los obispos en su casa y es amablemente recibido en el Vaticano, un hombre que desempeñará cualquier día el cargo de embajador cerca del Papa. En un instante me indispono usted con ciento sesenta diputados y cuarenta senadores de la derecha; precisamente la víspera de una interpelación acerca del conflicto religioso, dejo disgustados a mis amigos de ahora y a los que han de ser luego mis amigos. ¿Acaso le preocupaban a usted las cartas amorosas de Mauricio d'Esparvieu, con el temor de ser tan cornudo como ese imbécil de Aubels? Yo puedo librarle para siempre de dudas: lleva usted tales cuernos que se ven desde todo París; pero reflexione que no se le confían los procesos para que vengue sus afrentas.

—Señor ministro—murmuró con voz ahogada, congestionado y tembloroso, el juez instructor—: soy un hombre honrado.

—Es usted un imbécil..., y un provinciano. Fíjese bien en lo que voy a decirle: si Mauricio d'Esparvieu y la señorita Bocota no están en la calle dentro de veinte minutos, ¡tendrá usted que habérselas conmigo!... ¡Andando!

Renato d'Esparvieu fué a la Conserjería en busca de su hijo y lo llevó a la casa paterna. Su regreso revistió caracteres triunfales. Habíase propalado una especie según la cual Mauricio intervenía con generosa imprudencia en un conato de restauración monárquica, y por esto el juez Salneuve, infame francmasón, hechura de Combes y de André, trató de comprometer al pundonoso joven con unos bandidos. El reverendo padre Patouille, que se hallaba dispuesto a responder de la virtud de Mauricio como de su propia virtud, dió pábulo a esta invención. También se decía que, al rebelarse contra su padre cuando éste reconoció al fin la legalidad republicana, el joven d'Esparvieu se encaminó hacia el monarquismo integral; y las personas bien informadas atribuyeron su prisión a una venganza de los judíos. ¿No era Mauricio un antisemita declarado? La Juventud Católica en masa dirigióse al domicilio del juez instructor que habitaba en la calle de Guenegaud, frente a la Monnaie, para silbarle y ultrajarle.

En el boulevard del Palacio de Justicia un grupo de estudiantes entregó a Mauricio una palma.

Al entrar en el viejo caserón de su familia, el joven d'Esparvieu se arrojó entre los brazos de su madre; lloraba como un niño.

Fué un día glorioso aunque, por desgracia, lo deslució un suceso triste.

A consecuencia del drama de la calle de Courcelles el señor Sariette había enloquecido, y de pronto se enfureció. Encastillado en la biblioteca durante un día entero lanzó gritos horribles, y sin atender a súplicas ni amenazas negóse a salir; sin duda estuvo muy agitado toda la noche, porque la luz del quinqué se proyectaba sin cesar en todos los cristales. Por la mañana y al oír la voz de Hipólito que le llamaba desde el patio, abrió una ventana del salón de los Filósofos y de las Esferas, y arrojó a la cabeza del ayuda de cámara dos o tres volúmenes de bastante peso. Acudieron todos los criados y el bibliotecario se apresuró a echarles montones de libros. Entonces fué cuando se dignó intervenir el dueño de la casa. Mostróse con bata y gorro y quiso convencer al pobre demente, quien por toda respuesta vomitó centenas de injurias contra el hombre a quien veneraba como a su protector, y se dispuso a enterrarle al punto bajo un derrumbamiento de Biblias, de Talmudes y de todos los libros sagrados de la India y de la Persia, todos los Padres griegos, todos los Padres latinos, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Agustín, San Jerónimo, los apologistas, y la *Historia de las Variaciones* anotada por Bossuet. Los volúmenes en octavo y en cuarto, los infolios, caían y se desencuaderaban sobre las losas del patio. Las cartas de Gassendi, las del padre Mersenne, las de Pascal, revoloteaban en el aire. Al inclinarse la doncella para recoger unas hojas, dióla en la cabeza un inmenso atlas holandés. Atraída por aquel desorden siniestro, la señora d'Esparvieu salió espantada y sin acabar de pintarse y empolvarse. Al verla se redobló la furia del señor Sariette. Lanzados

uno tras otro los bustos de los poetas, de los filósofos, de los historiadores de la antigüedad, Homero, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Herodoto, Tucídides, Sócrates, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Horacio, Séneca, Epicteto, se hicieron trizas sobre las losas del patio; y el globo terrestre y la esfera celeste quedaron destrozados en el espantoso choque, al que siguió un silencio sepulcral turbado sólo por la sonora risa del niño León que desde una ventana contemplaba el espectáculo. Al fin mandaron descerrajar la puerta de la biblioteca, y cuando entró allí toda la servidumbre de la casa, encontraron al señor Sariette parapetado tras inmensos montones de libros, y entretenido en destruir el precioso *Lucrecio* de Felipe de Vendome, anotado por Voltaire. Costó mucho trabajo abrir una brecha en la barricada, y al huir, el pobre loco subió a los desvanes y saltó al tejado. Durante dos horas dió voces horribles que resonaban a lo lejos. En la calle Garanciere se apiñaban los curiosos que acudían sin cesar y lanzaban un clamor horrible cada vez que veían al infeliz tambalearse al tropezar en las tejas rotas por sus pies. El padre Patouille, confundido entre la muchedumbre, recitaba el rezo de los agonizantes y se disponía para darle la absolución *in extremis*. Los guardias municipales custodiaban el hotel, en torno del cual habían organizado un servicio permanente. Dióse aviso a los bomberos, cuyas trompas no tardaron en hacerse oír. Valiéndose de una escalera que arrimaron a la fachada, y después de sostener una lucha terrible con el furioso que acabó por morderse los brazos hasta hundir los dientes en los músculos, pudieron sujetarle y conducirlo a un manicomio.

Mauricio comió entre sus padres, y sonrieron todos

con ternura mientras Víctor, el viejo mozo de comedor, servía la carne asada. El reverendo padre Patouille, sentado a la derecha de la cristiana señora, contemplaba beatíficamente aquella familia bendecida por el Cielo. Pero la madre de Mauricio se angustiaba, porque recibía sin cesar injuriosos anónimos, tan groseros, que los atribuyó al principio a un lacayo despedido, pero ya estaba segura de que los escribía su hija menor, Berta, ¡una inocente! También el niño León la daba motivos de inquietud y de tristeza. No quería estudiar, y mostraba inclinaciones perniciosas. Cruelmente, había desplumado vivos los canarios de su hermana; y después de poner alfileres de punta en el asiento de la silla donde solía sentarse la institutriz, que no cesaba de llorar y de sonarse, la robó catorce francos.

En cuanto Mauricio acabó de comer fuése al entre-suelito de la calle de Roma, impaciente por ver a su ángel. Desde la puerta oyó desentonadas voces, y encontró reunidos en la sala de la aparición, a Arcadio, Zita, Teófilo y el príncipe Istar. Este último, recostado en el lecho, tenía en la boca una enorme pipa y manchaba y quemaba las almohadas, las sábanas y la colcha. Todos abrazaron a Mauricio y le anunciaron la partida. Resplandecían sus rostros audaces y satisfechos. Unicamente el inspirado autor de *Alina, reina de Golconda*, gemía horrorizado y alzaba al cielo sus ojos humedecidos. El querube le obligó, tirándole de las orejas, a que se afiliase a la rebelión, y le dió a escoger entre vivir en la Tierra encarcelado siempre o conquistar por el hierro y el fuego los palacios de Ialdabaoth.

Dolorosamente advirtió Mauricio que ya no les interesaba la Tierra y que se iban gozosos, rebosantes de

inmensa esperanza. Era cierto que podían oponer escasos combatientes a los innumerables ejércitos del sultán de los cielos, pero confiaban en que la inferioridad numérica se compensaría con el ímpetu irresistible de un ataque rápido, seguros de que Ialdabaoth, orgulloso de saberlo todo, se deja sorprender por los acontecimientos algunas veces. Hay motivos para sospechar que la otra rebelión también le cogiera desprevenido si la perspicacia del arcángel Miguel no le avisara. Desde aquella victoria obtenida sobre los rebeldes antes del principio de los tiempos, las milicias celestiales no progresaron lo más mínimo. Su armamento y material de guerra eran inferiores a los del Imperio marroquí; se adormecían sus generales en la ociosidad y en la ignorancia; colmados de riquezas y de honores, preferían el bullicio mundano a la lucha fatigosa. El generalísimo, el siempre leal y valeroso Miguel, perdió a través de los siglos su audacia y su fogosidad. En cambio, los ángeles rebeldes de 1914 conocían las aplicaciones más recientes y exquisitas de la ciencia y del arte de destruir. Estaba todo resuelto y preparado: el ejército invasor, dividido en cuerpos de cien mil ángeles cada uno, se aprestaba ya en todos los desiertos de la Tierra—arenales, pampas, estepas, cumbres heladas—para escalar el Cielo.

Modificando el ritmo de los átomos que forman los más heterogéneos espacios, transitan los ángeles a través de ellos. En cambio, los espíritus encarnados en formas humanas no pueden volar, por ser muy compacta su materia, y para remontarse a otras regiones, donde se volatilizan insensiblemente, se valen del auxilio de sus hermanos, rebeldes como ellos, que sin haber abandonado su residencia del Empíreo, tampoco son inmateriales—porque no hay nada inmaterial en el Universo—,

pero se conservan gloriosamente desligados y diáfanos.

Arcadio, Istar y Zita no pueden sustraerse a una cruel ansiedad cuando se disponen a pasar desde la densa atmósfera de la Tierra a los abismos límpidos del Cielo. Es necesario desplegar tanta energía para sumergirse en el éter, que los más atrevidos recelan antes de lanzarse. Al penetrar en el medio sutil debe utilizarse también su propia substancia, vaporizarse y pasar de las dimensiones humanas al volumen de las mayores nubes que hayan rodeado nuestro globo. Al cabo tendrán mayor tamaño que los planetas telescópicos, cuyas órbitas atravesarán sin ser advertidos, invisibles, imponderables. En tal esfuerzo, el mayor que pueden realizar los ángeles, su substancia pasa por estados diferentes, congelándose o abrasándose, con alternativas mucho más dolorosas que el tránsito mortal.

Mauricio adivinó en los ojos de Arcadio la osadía y las angustias de su empresa.

—¡Te vas al fin!—le dijo entre lágrimas.

—Guiados por Nectario, vamos en busca del Arcángel supremo que ha de conducirnos a la victoria.

—¿A quién llamas Arcángel supremo?

—Los sacerdotes del demiurgo te lo dieron a conocer en sus calumnias.

—¡Desdichado!—suspiró Mauricio.

Con la cabeza hundida entre las manos, lloró.

CAPÍTULO XXXV

Y último; donde se manifiesta el ensueño sublime de Satán.

Después de trepar sobre la más alta de las siete gradas enormes, desde la rocosa orilla del Ganges hasta los templos derruídos, ocultos entre gigantescas lianas: los cinco ángeles llegaron, por sendas oscuras, al jardín agreste cubierto de olorosos racimos y poblado por monos risueños, donde hallaron a quien buscaban. Se les mostró recostado sobre negros almohadones en los que resplandecían llamas de oro bordadas. Yacían a sus pies gacelas y leones; enroscadas a los troncos le contemplaban con dulzura domésticas serpientes. Cubrióse de melancolía su rostro ante los angélicos visitantes; otras veces también había rebotado la tristeza en su corazón, cuando instruía y consolaba a los hombres bajo su corona de racimos y su cetro de pámpanos, pero nunca, desde su derrumbamiento glorioso, habían expresado sus facciones tanto dolor y angustia.

Zita le dijo que los estandartes negros aguardaban sobre las arenosas llanuras y las cumbres solitarias, que habían preparado y meditado el asalto de las provincias del Cielo donde tuvo lugar la primera rebelión, y puso fin a su discurso con estas palabras:

—Te damos un ejército: condúcenos a la victoria.

—Amigos míos—respondió el Arcángel supremo—, no me sorprende vuestra visita. Os aguardan a la som-

bra de aquel árbol majestuoso jugosas frutas y panales de miel. El sol declina sobre la sonrosada superficie del río sagrado. Cuando hayáis comido podréis dormir satisfechos en este jardín, donde florecen la voluptuosidad y la inteligencia desde que lo sustraje al espíritu del viejo demiurgo. Mañana tendréis mi respuesta.

La noche cubrió el jardín con sus velos azules, y Satán quedóse dormido.

En sueños, revoloteó sobre la Tierra, y la vió poblada de ángeles rebeldes, hermosos como dioses, cuyos ojos resplandecían y lanzaban relámpagos. De polo a polo un grito único, formado por miríadas de voces, llegó hasta Él vibrando con amorosa esperanza. Y Satán dijo:

—¡Adelante! Busquemos en su alto asiento el antiguo adversario.

Así condujo por las llanuras celestiales un ejército innumerable. Satán averiguó lo que ocurría en la ciudadela celeste. Cuando la nueva rebelión les fué comunicada, el Padre y el Hijo hablaron:

—El enemigo irreconciliable se alza otra vez; defendámonos para que no peligre nuestra gloriosa mansión.

Y el Hijo, consubstancial del Padre, repuso:

—Triunfaremos al amparo de la misma enseña que dió a Constantino la victoria.

El Monte del Señor estalló indignado; los fieles Serafines deseaban suplicios espantosos para los rebeldes, y se aprestaron a la lucha; la cólera encendía todos los corazones, iluminaba todos los semblantes. Estaban seguros del triunfo, pero temieron la traición; exigían que fuesen condenados a obscuridad eterna los espías y los alarmistas. Vociferaban; entonaban himnos viejos; aclamaban al Señor; bebían vinos místicos. Hinchábanse de tal modo los entusiasmos que se vieron a punto de re-

ventar, y una secreta inquietud torturaba las almas. El arcángel Miguel era el generalísimo; su tranquilidad alentaba; en su rostro sereno se leía el desprecio al peligro. Los querubes capitaneaban las tormentas, y obedientes a los mandatos de su jefe, pero sin arrogancia, porque la paz y la quietud adormecieron sus ánimos, recorrían las fortalezas del Monte Sagrado, paseaban obre las nubes fulgurantes del Señor la mirada lenta de sus ojos bovinos, y procuraban dejar dispuestas las baterías divinas. Después de reconocer las defensas, juraron al Altísimo que todo estaba dispuesto. Deliberóse acerca de la conducta que debían seguir. Miguel se inclinó a la ofensiva, seguro—como buen militar—de que la ofensiva era la ley suprema. Entre ser ofensor u ofendido no queda lugar a duda.

Además, adujo que se amoldaban a la ofensiva los ardores de los Tronos y de las Dominaciones. No fué posible obtener del valeroso arcángel otra explicación. Interpretaron su silencio como un favorable augurio; sin duda callaba un plan que les aseguraría el triunfo.

En cuanto advirtieron la presencia del enemigo, Miguel ordenó que le salieran al encuentro con sus tropas los arcángeles Uriel, Rafael y Gabriel. Se desplegaron sobre los etéreos campos los estandartes con los colores del Oriente y rodaron los truenos sobre las estrellas. Tres días y tres noches transcurrieron, y en el monte del Señor se desconocía la suerte de aquellos ejércitos adorables y terribles; pero al amanecer del cuarto día llegaron noticias vagas y confusas; comunicaban triunfos indecisos y contradictorios. Las heroicidades acumulábanse y desvanecíanse a cada hora. Las centellas de Rafael, dirigidas contra los rebeldes, aniquilaban, según se decía, escuadrones enteros; y los que se creían bien enterados

aseguraban que las tropas de la impura Zita fueron deshechas por los torbellinos de fuego. Suponíase al indómito Istar precipitado en una sima, de cabeza y tan bruscamente que las blasfemias vomitadas por su boca remataron en un pedo furioso. Creíase también que Satán, sujeto por cadenas de diamante, hallábase de nuevo sumergido en los profundos; pero ninguno de los jefes que mandaban los tres ejércitos había enviado mensajes. A los rumores de victoria se mezclaban desconfianzas que hacían temer una batalla indecisa, una retirada vergonzosa. Voces insolentes anunciaban que un espíritu de los de más humilde condición, un ángel custodio, Arcadio, había destrozado los ejércitos dirigidos por los tres arcángeles mayores. Se hablaba también de importantes deserciones en el cielo septentrional (donde había estallado la rebelión antes del principio de los tiempos), y no faltó quien viera negros nubarrones de ángeles impíos que se unían a los batallones rebeldes formados en la Tierra. Pero los patriotas no daban crédito a tales rumores, obstinados en celebrar las noticias de triunfos que iban afirmándose y confirmándose de boca en boca. Resonaron en las alturas himnos de alegría; los Serafinos cantaban a Sabaoth, dios del trueno, acompañándose con el arpa y el salterio; las voces de los elegidos uniéronse a las de los ángeles para glorificar al Invisible. Seguros de la hecatombe realizada por los ministros de la Cólera Divina, resonaron en la Jerusalem celeste suspiros de júbilo que llegaban hasta el Altísimo. Extremóse tanto la alegría de los bienaventurados que, incapaces de sentirla mayor, en el máximo de la felicidad se quedaron completamente insensibles.

Resonaban aún los ecos de sus cánticos entusiastas cuando los centinelas de las fortificaciones advirtieron

que venían huyendo a la desbandada serafines desplumados y con las alas rotas, querubes informes y atrozmente mutilados. La mirada impasible de Miguel, príncipe de las milicias, al punto calculó la importancia del desastre, y dedujo en su inteligencia soberana los motivos que lo determinaron. Los ejércitos del Dios vivo habían tomado la ofensiva, pero sus adversarios hicieron lo mismo, y ésta fué la causa de la derrota, porque les sorprendió como una de esas fatalidades que desconciertan en la guerra las previsiones de los más famosos caudillos. Acababan de abrirse las puertas del Empíreo para dejar paso a los gloriosos y aniquilados ejércitos, cuando una lluvia de fuego cubrió el Monte del Señor. No se vislumbraban aún en el horizonte las huestes de Satán, y los muros de topacio, las cúpulas de esmeralda, las torres de diamante, se desgajaban y se hundían con espantoso estruendo al recibir las descargas de los electróforos. Las vetustas nubes trataban de responder, pero como eran de poco alcance, sus centellas se hundían en las llanuras solitarias de los cielos.

Diezmados por el enemigo invisible los ángeles fieles abandonaron las murallas. Miguel anunció a su Dios que antes de veinticuatro horas el Monte Sagrado caería en poder de los demonios y que al Dueño del Mundo no le quedaba otra salvación que la huida. Los serafines guardaron en cofres los joyeles de la corona celestial. Miguel ofreció el apoyo de su brazo a la Reina de los Cielos, y la sagrada familia escapó de su palacio por una mina de pórfido.

Un diluvio de fuego inundaba la ciudadela. Cuando volvió a tomar parte activa en el combate dijo el glorioso arcángel que no capitularía mientras le quedara un brazo para sostener el estandarte de su Dios; pero aque-

lla misma noche los rebeldes asaltaron la ciudad tres veces santa. Montaba Satán un caballo de fuego; Arcadio, Istar y Zita le seguían de cerca; Nectario guiaba su asno como en las bacanales antiguas. Tras ellos, a distancia, ondeaban al viento los negros estandartes. La guarnición hizo entrega de sus armas y Miguel puso a los pies de Satán su espada centelleante.

—Conserva tu gloriosa espada, Miguel—dijo el arcángel vencedor al arcángel vencido—. Lucifer te la devuelve para que sea en tu mano un seguro de la paz y de las leyes.

Tendió su mirada sobre los jefes de las falanges celestiales y dijo con voz atronadora:

—Arcángel Miguel; y vosotros, Potencias, Tronos y Dominaciones: ¡jurad que seréis fieles a vuestro Dios!

—¡Lo juramos!—respondieron todos a la vez.

Satán habló de nuevo:

—Potencias, Tronos y Dominaciones: de todas las guerras pasadas quiero sólo recordar el valor que mostrasteis y la fidelidad con que servisteis al Poder.

Al otro día mandó Satán distribuir a las tropas en la llanura etérea los negros estandartes que los guerreros alados cubrían de besos y de lágrimas.

Y Satán se puso la corona de Dios. Apretujándose sobre los muros de la Jerusalem celeste, apóstoles, pontífices, vírgenes, mártires, confesores, toda la muchedumbre de bienaventurados que gozaban de una deliciosa tranquilidad en los momentos más angustiosos del combate, al presenciar el espectáculo de la coronación sintió un goce infinito. Los elegidos, en su arrobadora beatitud, vieron al Altísimo precipitado a los infiernos y a Satán sentado en el trono del Señor. Por designio de la Providencia que los libraba eternamente del

dolor, entonaron los cánticos antiguos para glorificar al Omnipotente nuevo.

Y al sumergir en el espacio sus miradas penetrantes, contempló Satán el globito de tierra y de agua donde antiguamente plantó la viña y formó los primeros coros trágicos; puso los ojos en esa Roma donde con fraudes y mentiras había cimentado su poder el Dios caído; un santo gobernaba la Iglesia en aquel momento, y al verle orar y llorar, Satán le dijo:

—Ahí tienes a mi Esposa para que la custodies y la defiendas; te confirmo el derecho y el poder absoluto de fijar la Doctrina, disponer el uso de los Sacramentos y legislar para mantener la pureza de las costumbres. Todos los fieles tienen la obligación de conformarse. Mi Iglesia es eterna y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Tú eres infalible. Todo continúa como antes.

El sucesor de los Apóstoles prosternóse con el alma rebotante de felicidad, humilló la frente y dijo:

—Señor y Dios mío: reconozco tu voz. Tu aliento penetra en mi corazón como un bálsamo. ¡Bendito sea tu nombre! ¡Cúmplase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo! ¡No nos dejes caer en la tentación, y libranos de mal!

Complacían a Satán los elogios y los agasajos; agradábale que todos ensalzaran su sabiduría y su poder; su música favorita era la voz de los querubines que sin cesar cantaban sus alabanzas; y no le deleitaba ya la flauta de Nectario que celebraba los dones de la Naturaleza, concedía al insecto y a la yerbecilla su parte de potencia y de amor, y aconsejaba el goce y la libertad. En otro tiempo, Satán estremeciase compasivo al ver que reinaba el dolor en el mundo, pero ya era inace-

sible a la compasión y consideraba el sufrimiento y la muerte como resultado poderoso de su inmenso poderío y de su bondad soberana. Recibía el vaho de la sangre de las víctimas como un agradable incienso, condenaba la inteligencia y odiaba la curiosidad investigadora. Negóse a toda clase de estudio, temeroso de que al adquirir una ciencia nueva se trasluciese que no las poseía todas desde un principio. Érale grato rodearse de misterio, y receloso de ser menos reverenciado si fuese mejor comprendido, se declaró ininteligible. Una complicada teología entenebreció su cerebro. Se propuso que le consideraran como a su antecesor, «un Dios único en tres personas distintas». Al realizar semejante propósito, porque Arcadio sonreía irónicamente le arrojó de su presencia. Istar y Zita estaban ya otra vez en la Tierra; y transcurrían los siglos como instantes. Al hundir su mirada en los profundos abismos, desde lo alto de su trono Satán vió a Ialdabaoth en la Gehena, donde también él estuvo encadenado siglos y siglos. En las tinieblas eternas conservaba Ialdabaoth su orgullo. Ennegrecido y destrozado, terrible y sublime, miraba desdeñosamente hacia el palacio del Rey de los Cielos; después apartó de allí los ojos, indiferente, y el nuevo Dios pudo ver en el dolorido rostro de su adversario resplandores de inteligencia y de bondad. Con su mirada fija en la Tierra, sumida en el mal y en el sufrimiento, Ialdabaoth acariciaba una idea redentora. De pronto se levantó, hendió el éter con sus potentes brazos y se lanzó, deseoso de instruir y consolar a los hombres. La sombra que proyectaba en su vuelo hacia este doloroso mundo era ya venturosa como una noche de amor.

Despertó Satán empapado en sudor frío. Nectario,

Istar, Arcadio y Zita estaban junto a él. Los bengalís cantaban.

—Compañeros—dijo el Arcángel—, es preciso renunciar a la conquista del Cielo; nos basta la satisfacción de nuestro poder. La guerra engendra guerras y el triunfo conduce a la derrota. El Dios vencido se convertiría en Satán, y Satán se convertiría en Dios. ¡Que los destinos me libren de semejante fortuna! Yo amo el Infierno donde se forjó mi obra, y amo la Tierra donde sembré la semilla del bien, que apenas fructifica por la espantosa condición de la existencia, puesto que sólo viven los seres para devorarse unos a otros. Al fin logramos desposeer a Dios de su poderío terrestre; ya todos los que meditan lo niegan o lo desconocen; pero ¿qué importa que los hombres no se hallen ya sometidos a Ialdabaoth, si el espíritu de Ialdabaoth alienta en ellos y se complacen en ser celosos, irascibles, pendencieros, codiciosos, enemigos de las artes y de la Belleza? ¿De qué sirve que hayan desenmascarado al demiurgo feroz, si no atienden a los demonios propicios reveladores de la Verdad, a Dionysos, Apolo y las Musas? En cuanto a nosotros, los espíritus celestes, los condenados sublimes: habremos destruído a Ialdabaoth el tirano si destruimos dentro de nosotros la ignorancia y el miedo.

Y Satán, dirigiéndose a Nectario, terminó:

—Tú combatías junto a mí antes del nacimiento del Mundo. Entonces nos vencieron porque no habíamos logrado comprender que la victoria es Espíritu, y que para destruir a Ialdabaoth ha de luchar cada uno consigo mismo, a solas, dentro de sí.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Que contiene en pocas líneas la historia de una familia francesa, desde 1789 hasta nuestros días	9
CAP. II.—Donde se hallarán noticias útiles acerca de una biblioteca en la cual han de acontecer pronto sucesos extraños.....	14
CAP. III.—Donde comienza el misterio.....	21
CAP. IV.—Que en su expresiva brevedad nos conduce hasta los confines del mundo sensible.....	27
CAP. V.—En el cual la capilla de los Angeles de San Sulpicio da pretexto a varias reflexiones de arte y de teología	30
CAP. VI.—Donde se dice cómo el señor Sariette recobra sus tesoros.....	39
CAP. VII.—De sumo interés y de una moralidad que me prometo ha de ser muy agradable a la mayoría de los lectores, formulada en este grito doloroso: «¿Adónde me conduces, imaginación?», porque sin duda es dañino pensar, y la verdadera sabiduría consiste en no pensar nada	43
CAP. VIII.—Donde se habla de amor; cosa muy agradable, porque un cuento sin amor es tan insulso como un guiso sin sal.....	50
CAP. IX.—Donde se muestra que, según dijo un poeta griego, «nada es tan dulce como la adorada Afrodita»	58
CAP. X.—Infinitamente más atrevido que las imaginaciones del Dante y de Milton.....	63